

V

Debe de haber un límite superior en el orgullo de la maternidad; y á ese límite llegó la esposa de Redwood cuando su niño alcanzó el sexto mes de su existencia terrena.

Cuando al niño se le rompió el elegante cochecito de paseo, como ya hemos dicho anteriormente, y fué llevado en el carretoncito del repartidor de leche, el hijo de Redwood medía cuarenta y ocho pulgadas de alto, pesaba cincuenta y nueve libras y media, y podía sostener sesenta en sus manos.



El niño de Redwood

Al regresar á su casa aquella tarde, fué llevado al cuarto de recreo entre la cocinera y la doncella. Poco después de ocurrir esto fué cuando se hizo popular el descubrimiento. Un día volvió Redwood á su casa y se encontró á su señora profundamente engolfada en las páginas del *Atomo poderoso*. Al notar la presencia de su marido, la señora Redwood dejó la lectura y se echó en los brazos de aquél, llorando.

—Dime lo que *le has hecho* — dijo con voz entrecortada, — dime lo que *le has hecho*.

Redwood la cogió de la mano y la llevó á un sofá, mientras se preparaba á la defensa.

—Nada, hija mía, nada; pero te encuentro muy sobrecitada... Y de todo tiene la culpa ese cochecillo endeble, que no vale un ardite... Ya he encargado uno fuerte, muy fuerte, como los que usan los enfermos...

—¿Como los de los enfermos? — exclamó la desolada madre mirando á Redwood con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y por qué no?...

—Pero eso es como si el chico estuviera inválido...

—¡Bah! nada de eso, hija mía; eso es como si fuera un gigante... ¡Un gigante! Me parece que no tienes motivo para avergonzarte de él...

—Tú le has hecho algo, sí, tú le has hecho algo...

—Bien... Y aunque le hubiera hecho algo, ya ves que ese algo no ha trastornado su desarrollo— respondió Redwood con frialdad.

—Sí, sí... Ya lo sabía yo — dijo la señora del sabio retorciendo nerviosamente el pañuelo — ya lo sabía yo... ¿Qué le has hecho á nuestro hijo?

—Pero, vamos á ver: ¿le pasa algo malo al niño? ¿No está saludable y fuerte?

—Sí, le pasa algo... Es muy grande.

—Es el niño más hermoso y perfecto que ha nacido de mujer... ¿Qué hay de malo en él?

—Mira, fijate en su tamaño...

—Bien, ¿y qué? Mira tú á los demás y verás qué chiquitillos y endebles son... Nuestro hijo es el chico más hermoso... Y, además — siguió Redwood tratando de tranquilizar á su mujer, — ese desarrollo no seguirá así... Ya lo verás... Eso ha sido indudablemente un repentino impulso de la Naturaleza... Después se estacionará.

Redwood sabía perfectamente que el crecimiento seguiría su curso gigantesco. Y, en efecto, cuando el niño contaba un año escaso, ya medía cerca de cinco pies de estatura y pesaba cincuenta y cinco kilos, presentando el aspecto de los angelotes que hay en la iglesia de San Pedro, en Roma. Sus caricias y los afectuosos tirones y manotazos con que demostraba su inclinación á los visitantes de la casa, fueron el objeto de las conversaciones en West Kensington. Para andar por casa

hacía uso de la famosa poltrona con ruedas que sustituyó al carrito; y le servía de niñera una joven robusta y musculosa, que le sacaba de paseo en automóvil de ocho caballos de fuerza, hecho expresamente para él.

En cuanto hubo pasado el asombro que produjo la descomunal estatura del niño, las gentes empezaron á verle pasear á diario por Hyde Park, y en verdad que era hermoso. Jamás lloraba, llevaba siempre en la mano su enorme sonajero, y lanzaba gritos á los conductores de ómnibus y á los agentes de policía. Los conductores solían decir admirados:

—¡Ahí va el *niño boomfood!*

Y los pasajeros añadían:

—¡Qué sanote está!

—Mucho, y lo crían con biberón, según dicen, el cual ha sido construído para él expresamente y admite seis litros de leche.

—¡Está robustísimo!

Cuando su madre lo vió por primera vez en el automóvil y se convenció de que el niño seguía creciendo progresivamente y convirtiéndose en un verdadero gigante, tuvo un gran disgusto y dijo que no volvería á poner los pies en la habitación de los niños: tuvo deseos de morirse y de que se muriera su hijo, su esposo y todo el mundo: deploró haberse casado, y se mantuvo encolerizada por algún tiempo: se mantuvo encerrada en su

cuarto tres días, á caldo de gallina casi exclusivamente, y aunque Redwood quiso consolarla, no lo consiguió.

—¡Pero si eso es una fortuna para él! — le decía. — No hay otro tan bueno ni tan hermoso ¿No te gustará que sea el primero entre todos?

—No: yo quiero que sea como los otros niños, ni más ni menos: quiero que sea como Georgina que es una niña muy mona. ¡Eso es un monstruo que usa ya calzado de hombre y va llevado en un coche movido por petróleo!

Y la pobre mujer rompió en sollozos.

—Yo no puedo quererle, no — siguió diciendo; — ¡no puedo ser para él una madre como había pensado serlo!

Por último se consiguió llevarla al cuarto de los niños en donde estaba el niño Monson (llamado luego Pantagruel) sentado en una mecedora construída exprefeso, sonriendo y balbuceando.

—Ta, ta, ba, ba.

Su madre no pudo menos de enter necerse, lo estrechó entre sus brazos, y lloró.

—¡Ah, hijo mío! A ti te han hecho alguna cosa, á ti te han dado algo para que crezcas y crezcas, pero yo haré también todo lo posible por criarte y educarte como debo, aunque vaya contra tu padre...

Redwood, que había acompañado á su esposa

al cuarto de los niños, dió media vuelta y bajó bastante consolado.

—¡Qué picardía es haber nacido hombre siendo las mujeres como son!

VI

Antes de haber pasado un año se vió en West de Londres un buen número de automóviles iguales al primitivo de Redwood. Hay quien me aseguró que eran once; pero las más cuidadosas investigaciones han demostrado que no pasaron nunca de seis. El alimento de los dioses obraba de diferente manera, según la diversa constitución de los individuos: la heracleoforbia no se adaptaba al principio al sistema de las inyecciones, y es indudable que hay un gran número de personas que no pueden asimilarse dicha substancia en el curso normal de la digestión.

Un ejemplo de esto era el hijo de Winkles, que era tan incapaz de crecimiento como de conocimiento, en concepto de Redwood. Otros niños, según atestigua la sociedad formada contra el *boom-food*, estropearon completamente su organismo con el alimento, y aun llegaron á perecer á la primera indisposición de las que los niños suelen sufrir; pero los hijos de Cossar tomaron con verdadera avidez la substancia.

Es evidente que cosas de esta naturaleza no se introducen con tanta sencillez en la vida del hombre. El crecimiento, en particular, es muy complejo, y todas las generalizaciones tienen que resultar sin orden ni regularidad. Pero la ley general del alimento era, por lo visto, que *estimulaba el organismo en cuanto entraba en él*, y en igual grado en cualquier caso que fuera; que aumentaba de seis á siete veces el tamaño de los cuerpos, y que no rebasaba aquel límite aunque se hubieran tomado con exceso las substancias; pero quedó demostrado que el exceso, fuera del minimum necesario, originaba en la naturaleza, graves trastornos y producía tumores, el cáncer y otras enfermedades terribles. Empezando el crecimiento en virtud de una porción de substancia determinada, la necesaria únicamente, había que seguir siempre en la proporción dicha y los efectos eran sorprendentes; pero aquella dosis se convertía en necesidad imperiosa para el organismo.

De abandonarse el tratamiento, una vez en la normalidad del crecimiento producido por el mismo, sentíase una inquietud extraña seguida de un período de voracidad, como les pasó á las ratas de Hankey, y luego se declaraba la anemia y sobrevenia la muerte. Algo parecido les ocurría á las plantas, pero sólo durante el crecimiento; pues una vez en la adolescencia, que en las plantas se indicaba con la primera aparición de los botones florales, disminuía la necesidad de tomar la heracleofobia y, al llegar á la edad adulta, se podía prescindir por completo de ella.

Hallábase asegurada de tal modo la existencia de una nueva especie de seres, que las plantas de las inmediaciones de Hickleybrow producían semillas gigantescas, según su especie; y Eduardito Redwood, el primer hombre de la nueva raza, andaba por su habitación rompiendo los muebles, mordiendo con la fuerza de un caballo, pellizcando con la de unas tenazas, y armando una insufrible algarabía con su charla infantil, siempre enderezada á su *tata*, á su *mama* ó á su asustado é inquieto *papa*, que, al fin y á la postre, era el culpable de todo aquel infierno.

Eso sí, el niño había venido al mundo con las mejores intenciones: los trastos de la casa volaban despedidos por las manos de Eduardito, en tanto que éste decía muy satisfecho:

—*Pada es beno: Pada es beno...*

Pada era él mismo, y dicho nombre quería significar *Pantagruel*, con el cual le había confirmado su padre.

En tanto, Cossar, después de una cuestión con el Ayuntamiento, había hecho construir en un solar contiguo á la casa de Redwood, un hermoso local para recreo y cuarto de estudio de sus hijos y de Eduardito, local que medía ventitrés metros de largo, otro tanto de ancho, y trece de alto.

Redwood se enamoró de la nueva edificación, y ante las necesidades perentorias de su hijo, fué perdiendo el gusto por las curvas hasta un extremo inconcebible.

—Hay que trabajar mucho — decía, — para arreglar un cuarto de niños. Todas las cosas que hay en él, hasta las mismas paredes, hablarán á su espíritu con más ó menos elocuencia y les enseñarán, ó dejarán de enseñarles, millares de cosas.

Cossar tomaba de pronto el sombrero y decía:

—Sí, sí; indudablemente.

Aunque los dos trabajaban juntos y en buena armonía, Redwood era el que con más frecuencia enseñaba á los niños.

Todo lo que significaba madera en aquel edificio, estaba pintado de colores claros: predominaba el blanco, però se veían fajas de otros colores para hacer que aquél resaltara más. Redwood solía decir:

—Convienen los colores limpios y brillantes. Y á cierta altura colocaron una faja horizontal de cuadrados en que se destacaban el carmín, el anaranjado, el amarillo, el azul y el verde en diferentes tonos y matices. Dichos cuadrados eran movibles, y los niños debían combinarlos á su gusto antes de su colocación.

—Lo que conviene — decía Redwood, — es que los combinen ellos á su capricho y luego seguiremos decorando la habitación: no hay razón para contrariar su gusto ó su capricho en la combinación de los colores. El local les debe interesar, porque esto constituye un gran alimento para los niños, así como la monotonía y la insipidez son la tortura y la muerte por inanición. Los niños tienen que ver pinturas en abundancia.

Pero aquellos cuadros no se colgaron allí de una manera permanente: los que permanecían fijos eran los marcos; la colocación de aquéllos se renovaba en cuanto la que tenían había perdido su interés para los niños.

Había en el edificio una ventana que daba á la calle, y para que el local ofreciese más interés, había hecho colocar Redwood, en el techo, una cámara obscura que reproducía la parte alta de la calle y una gran parte de los jardines de Kensington. En un rincón había un contador de seis pies en cuadro con marco de hierro, para que los niños se ejercitasen en hacer los primeros cálculos aritméticos.

También había en aquel local muchos juguetes, pero Cossar los aumentó un día con tres ó cuatro carretadas de ellos. Todos los juguetes eran grandes, inmensos, para evitar el riesgo de que los niños se los tragaran, y en forma tal, que pudieran apilarse y alinearse, y ser mordidos, arrastrados y golpeados sin experimentar gran deterioro: los había con muelles, con ruedas, con alas y con silbatos: había tablas de madera, de todas formas, figuras geométricas, pelotas, cajas de diversas formas y tamaños, con tapas sueltas ó colgantes y con tapas atornilladas, y, en fin, juguetes de todas castas y raleas, los cuales se les iban dando á los niños poco á poco, según recomendación de Cossar. Redwood colocó en un ángulo de la vasta habitación, un gran armario.

A lo largo de una de las paredes y á una altura proporcionada, á la estatura de un niño de seis á ocho pies de estatura, hizo colocar Redwood un encerado con marco de hierro para que los niños gigantes pudieran pintarrapear á su gusto, y cerca del encerado un bloque de papel de dibujo y un pupitre atestado de lápices de carpintero y de papel de escribir, y tan adelante fué Redwood y de tal manera se anticipó, que encargó grandes tubos de pintura y cajas de pintura al pastel para cuando los chicos los necesitaran, de igual modo que un tonel lleno de barro para modelar.

Redwood decía:

—Primeramente modelarán los muchachos con su profesor, y luego modelarán solos, y esto me trae á la memoria la necesidad de mandarles hacer palillos, cinceles y otros instrumentos de escultor. ¿Y libros?... Tendré que buscar cierto número de impresos en grandes caracteres... Aquí hay una inteligencia que necesita alimento y que es, después de todo, la coroná de toda educación... Sí, la corona; así como las buenas costumbres y la rectitud son el trono... Carecer de imaginación en absoluto es una brutalidad; pero tenerla pobre, es cobardía... así como tenerla buena, es señal de que Dios no deja de andar por el mundo... Además deben soñar con un país de hadas y gozar de todas las cosas buenas de la vida en tiempo oportuno. Pero, ante todo, hay que ilustrar su inteligencia con la espléndida realidad; han de leer historias de viajes, libros de aventuras y libros que les hablen de conquistas del mundo. Tendrán también historias naturales, que les den exacta idea de la vida animal, y hermosos libros que les ilustren acerca de las profundidades misteriosas del cielo y de los mares; mapas de todos los imperios del mundo, y dibujos que den exacta idea de trajes y costumbres de la humanidad. Deben tener medios apropiados para conocer y amar la belleza; pinturas japonesas que les eduquen en el sentimiento exquisito, y para que ad-
pámpano ó la flor que cae; grupos artísticos y ex-

tensos panoramas... También tendrán libros de arquitectura, planos y dibujos de casas y palacios, para que imaginen planes de edificios y de ciudades... Creo, de igual modo, que debo proporcionarles un teatrillo é instruirlos en la música...

Redwood, después de profundas reflexiones, decidió que su hijo empezara con un armonio de una octava y de sonido puro, al cual pudiera dársele luego mayor extensión.

El sabio miró hacia la ventana, midió con la vista la altura de aquella estancia, y luego dijo:

—Después, cuando necesite piano, tendrán que construirlo aquí mismo, ó entrarlo desarmado.

Redwood, absorto en estos pensamientos, paseaba por la enorme habitación su figurilla negra, como un juguete. ¡Si ustedes, queridos lectores, le hubieran visto! Parecía un enanillo entre tanta cosa gigantesca... Delante de la estufa eléctrica se extendía una soberbia alfombra turca, de cuatrocientos pies cuadrados, sobre la cual debía de andar á gatas el ilustre vástago de Redwood. Allá, arriba, subido en una especie de andamio, un empleado de Cossar, se ocupaba en fijar el marco en que habían de colocarse los cuadros movibles: veíase apoyado contra la pared un enorme álbum de botánica, tan grande como una puerta, de donde sobresalían un tallo gigantesco, los pétalos de una flor y otra flor de las hierbas que habían de

hacer famosa á Urshot en todo el mundo botánico.

Algo como un pensamiento de incredulidad invadió la mente de Redwood mientras contemplaba todas aquellas cosas.

—¡Si esto sigue de esta manera! — pensó.

A lo lejos, y como respondiendo á la idea del sabio, dejóse oír como el mugido de un toro:

—Sí — continuó pensando Redwood, — todo sigue bien por ahora.

Poco después se oyeron fuertes golpes sobre una mesa y gritos estridentes que acompañaban á los golpes:

—¡Ta-ta!... ¡Ba-ba!... ¡Brrr!...

Redwood cambió repentinamente el curso de sus ideas:

—Lo mejor que puedo hacer es enseñarle yo mismo...

Los golpes redoblaron. Por un momento, creyó Redwood oír el golpeteo de una máquina: la máquina del gran tren de acontecimientos que se le iba encima. Luego, los gritos y los porrazos se oyeron más agudos, más próximos. A poco, alguien golpeó en la puerta.

—¡Adelante! — exclamó Redwood.

La puerta, tan grande como la de una catedral, se movió lentamente, y apareció Bensington sonriente, con su calva brillante y mirando por encima de las gafas.

—Me he atrevido á venir... — dijo el gran

químico con timidez, como un leve murmullo.

—¡Adelante! — repitió Redwood.

Bensington, después de cerrar la puerta, adelantó pausadamente con las manos cruzadas á la espalda, moviéndose con cuidado y contemplando con mucha atención la grandeza que le rodeaba. Luego, se rascó la barbilla filosóficamente y dijo, en voz baja y pausada:

—Siempre que vengo me llama la atención esta habitación por lo *grande*...

—Sí — dijo Redwood recorriéndolo todo con la vista, y como queriendo reproducir en su interior una viva imagen del conjunto. — Sí, es grande... Pero también ellos serán grandes...

Bensington sintió un estremecimiento de terror, y dijo en voz casi extinta:

—¡Grandes, sí, muy grandes!

Ambos sabios se miraron recelosamente, con una expresión de duda, que no podían ocultar.

—Grandes, sí, muy grandes — repitió Bensington rascándose la punta de la nariz y mirando á su amigo de soslayo, como quien espera la confirmación de sus palabras. — Todos ellos serán inmensamente grandes. Yo, ni siquiera puedo imaginarme lo grandes que llegarán á ser.